Vuelven las ciudades (I)

Juan Alberto BELLOCH

De manera cíclica, como las estaciones, les cuento, amables lectores, cosas sobre las ciudades. Agosto es un buen mes para ese empeño que me he propuesto como neomunicipalista converso que soy y me temo que ya sin remedio. Europa, España y hasta las comunidades autónomas descansan puestas brutalmente de acuerdo. No generan apenas noticias ni reclaman voraces la atención informativa. En ese hueco pueden quizá tener cabida nuevas reflexiones sobre el que será el acontecimiento más relevante del siglo XXI, el renacimiento de las ciudades, su conversión en el factor territorial más decisivo para la inmensa mayoría de los vecinos y vecinas, única condición desde la cual tiene sentido el concepto de ciudadanía, del mundo. El fortalecimiento del papel de los poderes locales es fundamental para la estabilidad y el éxito de nuestras democracias y no lo afirmo desde un prurito corporativista, sino desde una profunda convicción intelectual y política. Diría, incluso, que es algo difícilmente discutible puesto que basta con mirar alrededor para comprobar en qué dirección evolucionan las cosas. La globalización –o mundialización, como les gusta decir a los intelectuales franceses– pone ante nuestros ojos un escenario controvertido. Lo que no cabe, por cierto, es protestar contra lo que, en lo esencial, es un hecho y no, como a veces se cree, una opción ideológica. Además es un hecho que en muchos aspectos nos trae lo que creo que podemos considerar buenas noticias para las ciudades. Es cierto que se incrementan las exigencias, las demandas y los problemas a causa de la globalización, pero también que el papel de las ciudades como agentes económicos y promotores de desarrollo se ve reforzado. Si esto es válido a escala internacional, lo es muchísimo más si lo contemplamos, por ejemplo, en el plano de la Unión Europea o en otros casos de integración supranacional –como Mercosur, Nafta u otros– en la medida en que avancen hacia la homogeneización de los marcos económicos nacionales.

La demanda de bienes públicos y en general de los servicios del Estado es sobre todo humana –ciudadana– y en menor medida territorial. La heterogeneidad relevante no es la geográfica, ni siquiera la histórica, es la ciudadana. Por esta razón, la descentralización más eficiente es aquella que aproxima el Estado a la residencia de los individuos, esto es, a las ciudades. El siglo XXI nos va a ofrecer la eclosión de las ciudades como espacios de provisión de bienes públicos. Algunas de las ciudades serán además extremadamente prósperas: aquellas que sepan abrirse a los beneficios del comercio y la innovación, es decir, del mejor capitalismo.

Así, cabe anticipar, al igual que sucedió entre 1300 y 1600 en Venecia, Lisboa, Génova, Amberes o Ámsterdam, la emergencia de núcleos urbanos de grandísima prosperidad. Recordemos, por ejemplo, que los presupuestos de Venecia alcanzaban la misma cuantía que los del Reino de España y eran apenas un 20% inferiores a los del Reino de Francia. Los historiadores han dado razón de ese éxito: el respeto de las reglas del mercado en un capitalismo incipiente, unos estados nada propensos al intervencionismo medieval y la adopción pronta de formas democráticas de ejercicio del poder político. El proceso producirá también grandes ciudades estancadas en la apatía económica y cultural: serán aquellas que no respeten los mandamientos de la prosperidad y la libertad. La configuración del Estado debe tener presente la naturaleza del proceso de urbanización venidero incorporando a las ciudades como actores principales del entramado constitucional.

La mundialización y la globalización están configurando un nuevo papel a la baja de los estados, que tienen poca influencia en lo que algunos denominan como «el sistema mercantil hoy mundialmente dominante». Ese sistema, formado por redes financieras y empresariales cada vez más eficientes y autoorganizadas, necesitan más que al Estado a ciudades con unas condiciones determinadas: buenas infraestructuras (aeropuertos, autopistas, tren de alta velocidad), tecnología al límite permanente, seguridad, servicios de todo tipo (cultura, calidad de vida, medio ambiente), mejor sin imágenes estéticas negativas (pobres, marginados,

espacios deteriorados) y con personas capacitadas.

A su vez, la ciudad necesita a estos sectores como motores fundamentales de creación de riqueza para mejorar el nivel de renta y poder combatir así la pobreza y la exclusión. Y, en todo caso, la réplica ciudadana a esas redes económicas mundiales sólo va a ser posible mediante un debate global articulado y protagonizado por ciudades conectadas entre sí en múltiples niveles. Las turbulencias y desigualdades, nacionales e internacionales, se transforman en desequilibrios territoriales, en una urbanización creciente y crecientemente desordenada; y en flujos migratorios que imponen la búsqueda de nuevas soluciones en términos de gestión de la diversidad, del urbanismo y de las políticas sociales. Los procesos de integración supranacional favorecen la estatalización de las relaciones entre los países, porque son los estados los que negocian acuerdos y regímenes internacionales, que afectan de lleno a las ciudades. Al mismo tiempo está emergiendo una poderosa tendencia hacia la descentralización y hacia la necesidad de que las grandes ciudades puedan disponer de más medios y mayores competencias, no sólo porque es la mejor forma de resolver los problemas de los ciudadanos, sino también porque representan una imprescindible fuente de legitimidad democrática basada en la proximidad, el territorio y la diversidad. No entender este proceso es la forma de ceguera más frecuente en nuestra actual clase política. Se lo dice alguien que, como yo, antes de ser fraile de la política municipal, fue cura de la general.